



## ¿Un cobarde?

(EPISODIO ROMÁNTICO EN FORMA DRAMÁTICA)

### I

(Son las doce de la noche. Gabriela despide, en la puerta del salón, á su último contertulio, el marqués de Zara.)

Marqués.—¡Cuánto sentimos todos que no venga usted al baile!

Gabriela.—Gracias, marqués. Ya sabe usted que no voy á ninguna fiesta cuando mi marido está ausente.

M.—Es muy feliz su marido de usted con tan escrupulosa fidelidad. ¡Cuántos quisieran decir lo mismo!... Pero, volviendo á lo del baile; estoy seguro que será espléndido. Vamos á encontrarnos allí todos los amigos de esta casa. La misteriosa desaparición de Luciano obedece, sin género de duda, al mismo propósito.

G. (*Con cierto despecho*).—Mucho interés debe tener en ir, cuando, apenas llegado de un largo viaje, se marcha de la primera visita sin despedirse.

M. (*Riendo forzosamente*).—¡Ese chico!... ¡Siempre tan raro!... Vendré mañana á contar á usted lo que ocurra. Adios, Gabriela. (*Se inclina profundamente y sale.*)

G.—Buenas noches, marqués.—(*Queda en la puerta, hasta que cesa todo rumor. Luego se dirige lentamente al diván y se deja caer en él con indolencia. Luciano aparece por una de las puertas laterales.*)

Luciano. (*Adelantando con timidez*).—Por fin se han ido.

G. (*Estremeciéndose ligeramente*).—¡Cómo! ¿usted aquí? ¿Se había usted escondido?... (*Reponiéndose*). Veo que no ha cambiado gran cosa ese carácter. ¿Recuerda usted la primera carta que me escribió, á los ocho días de conocerme? Una carta rara, si las hay. Decía usted en ella que no volvería á visitarme en días de reunión; que le fastidiaba el coro vulgar de vulgares admiradores que me rodeaba, etcétera.

L. (*Sentándose frente á ella, en una butaca*).—Por centésima vez le pido á usted que me perdone aquella tontería.

Yo, á fuerza de quererlo, casi la he olvidado.

G.—Pero lo curioso es, amigo mío, que entonces me extrañó más que hubo de ofenderme. ¡Era tan nuevo aquello! Nadie me había dicho cosa semejante.

L.—Lo creo; pero no me arrepiento menos; y, sin embargo,... en el fondo sigo pensando lo mismo.

G.—Lo cual explica la huida de esta noche.

L. (*Sin contestar á lo que dice Gabriela*).—¿No me esperaba usted, verdad?

G.—No, sin duda. Le creía á usted en Italia, en Viena, ¡qué sé yo!

(*Pausa. Miranse uno al otro con insistencia, pero sin la menor emoción aparente.*)

G.—Hace un año que no nos vemos.

L. (*Sin dar importancia á sus palabras*).—No me negará usted que he sido constante en todo ese tiempo. ¿Cuántas cartas mías ha recibido usted?

G.—Muchas; ¡qué sé yo! Sigue usted en esto su reputación de raro, á Dios gracias.

L. (*Con interés*).—No comprendo.

G. (*Con naturalidad*).—Muy sencillo. Sabe usted que no creo absolutamente nada en las amistades entre personas de

sexo distinto. Siempre terminan ó en la indiferencia ó... en algo más grave. Y bien, usted ha derrotado mi teoría. Un amigo verdad, un amigo íntimo como lo es usted, que me habla de sus más ocultos pensamientos, á quien yo hablo con entera franqueza, hasta reñirle, prevaliéndome de mis seis años de ventaja, y que, no obstante, sigue hoy como el primer día, es un triunfo contra todas mis malicias, hijas, bien lo sabe usted, de una larga experiencia.

L.—Celebro verla á usted tan convencida. Aunque más optimista que usted, también para mí es un triunfo. Tanto más...

G. (*Alterándose visiblemente*).—¿Qué?

L. (*Con emoción; después de una pausa*).—Tanto más, cuanto que ha habido un momento en que creí estar enamorado de usted.

G. (*Riendo y ruborizándose á la vez*).—¡De mí! (*Calla un momento y luego, sin querer, se le escapan estas palabras*). La verdad: llegué á sospecharlo.

L.—¡Ah! ¿lo sospechaba usted? (*Levantándose y alejándose de Gabriela*).

G. (*Vacilando*).—Sí, una sospecha vaga, insegura...

L. (*Con miedo*).—Más de una vez temí que así fuera. Y créame usted (*deteniéndose en el otro extremo de la habitación, junto á la chimenea*), hubiera dado mi vida por que usted no hubiese advertido lo que pasaba en mi interior... (*Resuelto*). Y ahora, puesto que hemos llegado á las confesiones más fácilmente de lo que yo esperaba, permítame hablar: vengo dispuesto á decirlo todo, todo.

(*Nueva pausa. Gabriela, un poco pálida, sigue con la vista á su amigo, el cual, después de vacilar un momento, concluye por sentarse otra vez en la butaca, frente á ella.*)

L.—Puedo contarle á usted estas cosas, porque ahora reina la mayor tranquilidad en mi espíritu. La tormenta ha pasado, y bien puedo decir, á fuer de caballero, que como á tal he luchado con ella.

G. (*Con aparente indiferencia*).—¡Ha pasado! ¿Hace mucho?

L. (*Vacilando*).—¿Mucho? Mucho, no. Poco menos de un año.

G. (*En el mismo tono de antes*).—Entonces, aquellos amores de que me habló usted tantas veces, ¿han coincidido con esa ilusión?

L.—Debo ser franco hasta lo último.

Toda esa historia que he contado á usted era fingida.

G.—¿Luego no existe esa mujer tema casi constante de nuestras conversaciones?

L. (*Con gran serenidad*).—Existe, si. *Era* usted... Advierta que digo *era*. No llevemos esta revelación al ridículo. Sería hasta una falta imperdonable que yo emboscase en estos rodeos de pretérito una declaración de presente. Me conoce usted lo bastante para saber que soy incapaz de tal ofensa, y también la conozco á usted lo suficiente para creer que despojará mis palabras de la grosería que el vulgo pudiera encontrar en ellas. Es muy raro que un hombre se dirija á una mujer para decirle que ya no la ama; pero yo tengo el deber de hacerlo, por usted y por mí. La situación ha de quedar completamente franca entre nosotros. Lo que ha dicho usted antes me deja entender que las involuntarias reticencias de mis conversaciones y de mis cartas, la especie de misterio que en el fondo llevaban mis confidencias, prestábanse á un cierto interés mal sano.

G. (*En voz baja, sin ánimo de interrumpirle*).—Sin duda, el misterio es adorable siempre. Por un momento he creído

yo, amigo mío, ser la enamorada y no usted.

L. (*Como si no hubiera oído estas últimas palabras*).—Aquí no ha habido más que una alucinación, un amor de cabeza, por mi parte, y ya sabe usted el remedio que Goethe aconseja para estos males. Después de haberlos vencido dentro, quedando seguro de su falta de arraigo en el corazón, hay que echarlos del pensamiento objetivándolos, como si fueran de otro, para que pierdan todo atractivo, toda fuerza de seducción sobre quien los padecía. Permita usted, pues, que continúe; no puede, no debe haber entre nosotros—de mí para usted, se entiende, pues que tal es el caso—más que un sentimiento de pura amistad, como á Dios gracias lo siento ahora, de manera que pudiera decirlo á su propio marido de usted y al mundo entero, si lo pidiese.

G. (*Con dulzura algo burlona*).—No exageremos, amigo mío. Acaso ve usted ahora más de lo que hubo. ¿No ha dicho usted antes que *creyó* estar enamorado? Carece, pues, de certeza esa afirmación; y, créame, en materias de amor no se duda. O se ama, ó no se ama.

L. (*Sinceramente*).—Perdone usted, mi

duda tiene su explicación. Es la del hombre honrado que sorprende en el fondo de su alma el germen de una idea criminal y se resiste á creer que pueda existir allí. Por lo demás, el hecho es sencillo. La he amado á usted con toda mi alma.

G. (*Contradiciéndose con lo dicho al principio*).—No lo hubiera creído nunca. Y me afirmé en la negativa cuando al preguntar á usted con toda intención la última vez que hablamos antes de su viaje, acerca de alguna circunstancia personal de aquella Beatriz misteriosa, señaló usted una, sobre todo, que no convenía con mi tipo.

L. (*Sonriendo*).—Es bien claro. ¿Cómo había yo de decir otra cosa?

G. (*En voz baja y como quien piensa para sí*).—Es, sin embargo, muy raro todo esto. Nadie, nadie ha usado conmigo semejante proceder. Sentir amor, callármelo y decírmelo á un tiempo, ocultando la verdad bajo el disfraz de una mentida novela en que yo misma he llegado á interesarme, aconsejando la prudencia sin dejar de reconocer los derechos del sentimiento, confiese usted, amigo mío, que son circunstancias muy extraordinarias y que no dejan de perturbarme en estos momentos.

(*Dirigiéndose á él*). Pero volvamos á usted, ya que quiere despejar del todo la situación. ¿Será también mentira ese matrimonio de que hablaba su penúltima carta? La noticia me sorprendió mucho, é hizo espirar en los puntos de mi pluma el final de una larga epístola, medio escrita ya, en que contaba á usted un poco literariamente los efectos psicológicos producidos por la centésima lectura de *Le Lys dans la vallée*, esa joya de adivinación que escribió Balzac.

L. (*Con arranque súbito*).—¿Y por qué no contármelos? Esa media carta me pertenece y la reclamo... ¿No debe decirse todo lo que se siente?

G. (*Con sonrisa triste*).—¡Ay, á veces no, amigo mío!

L. (*Como antes*).—Siempre, amiga mía, cuando puede hacerse un bien con ello... (*Transición.*) En cuanto á mi matrimonio, es cosa muy cierta. Y recuerde usted ahora por qué deplorable encadenamiento de circunstancias trató usted misma de alentar en mí aquel amor supuesto, es decir, el de usted.

G.—Es verdad. La noticia había de sorprenderme mucho. Parecíame mentira, conociéndolo á usted, esa repentina sus-

titución de un amor vehementísimo, como el que pintaban sus cartas, por otro tan enérgico que lleva nada menos que al matrimonio. ¿Es posible olvidar tan pronto?, decíame yo. ¿Cómo ha podido engañarme mi confianza en un carácter tan noble y tan robusto de corazón y de voluntad como el de Luciano?... (*Dominándose y sonriendo*). Advierta usted que, siguiéndole, me coloco en la situación que yo ocupaba antes de la conversación de esta noche.

L. (*Turbándose*).—Si, pero usted olvidaba que hacia tiempo mis cartas no hablaban ya de aquellos amores. Podemos verlo, si las tiene usted ahí.

G. (*Más turbada que él*).—No... no las tengo. Las he roto todas.

L.—¿Por qué? (*Con extrañeza*).

G.—Amigo mío, ¿cree usted que lo que yo sospechaba alguna vez no podía sospecharlo otra persona? Aquel misterio que había en el fondo de nuestra correspondencia, era peligroso... Sobre todo para mí.

L.—Es verdad. (*Con pasión*). Yo, sin embargo, no he roto ni una sola de las cartas de usted. Constantemente me sirven de lección, y no quiero olvidarla. Luego... ¡ha sido usted tan buena para mí! Hay en aquellos papeles tal dosis de interés fran-

co, una atención tan solícita y cariñosa, como la de una hermana, la de una madre, que hoy, en que ya puedo mirar á usted frente á frente, sereno y seguro de mi mismo, me producen su verdadero efecto de amistad, que no puede borrarse nunca de mi vida.

G. (*Con frialdad aparente*).—Debe usted romperlas, sin embargo. Han de recordarle á menudo días de sufrimiento, porque siempre se sufre cuando se lucha.

L. (*Con fuego, que va creciendo por momentos, aunque en un tono triste*).—Que se sufre, es cierto. Pero las cartas me hablan más del triunfo que del combate. ¡Y si viera usted la voluptuosidad intelectual que hay en esos recuerdos cuando verdaderamente se ha vencido! En la lucha constante de la vida, toda crisis, son tan raros los momentos de verdadero reposo en que descansamos sobre una convicción adquirida, un estado de ánimo seguro, una posición estable, al parecer, que el lograr uno de ellos es don casi divino. ¡Qué dulce es el reposo y cómo lo realza el recuerdo de la pasada fatiga! Hay en ese recuerdo un poco del orgullo del que vence y algo también de la voluptuosidad del que ha sido tentado.

G. (*Conteniéndolo*).—Dejemos, si usted quiere, esas consideraciones. Comprenderá usted que no pueden menos de causarme pena. He sido, sin quererlo, causa de dolor en uno de mis mejores amigos.

L.—No, eso no. A pesar de la lucha moral que sostenía conmigo mismo, en el fuero privado del sentimiento era feliz. Pero dice usted bien, terminemos. He cumplido mi deber. Ya sabe usted lo que era forzoso que supiera; y en cuanto á mí... todo se ha borrado para no volver más. El acto de esta noche ha concluido mi curación. Acabo de escribir mi Werther, y no puedo ya suicidarme. (*Acércase á ella en ademán de despedirse.*)

G. (*Levantándose lentamente*).—Adiós. Siempre amigos, ¿por supuesto? (*Sonriendo.*)

L. (*Con calor*).—¡Siempre! Por toda la vida.

(*Se estrechan las manos y se separan. Gabriela, sola, permanece de pié un momento, con la vista fija en la puerta por donde ha salido L.*)

G. (*En voz alta, como si soñara*).—Qué sinceridad más noble!... ¡Ay, demasiada sinceridad tal vez!

(*El sonido de su voz la hace volver en*

*si. Se estremece y se cubre el rostro con las manos, en un ademán convulsivo.*)

## II

(*Habitación de Luciano. Un reloj da la una de la madrugada. Luciano, que acaba de entrar, se detiene ante la mesa escritorio, sobre la cual hay una carta. Un estremecimiento de alegría recorre todo su cuerpo.*)

¡La esperaba!... (*Procurando dominarse.*) La verdad es que no tiene nada de particular. Hace ocho días que no he ido por allí, y antes iba casi todos. Se figurará que estoy enfermo, que la he olvidado... (*Pensando lo contrario de lo que dice, pero de modo que se nota la contradicción.*) ¡Excelente amiga! Otra en su lugar, ¿qué hubiera hecho al oír mi confesión?... Quizá arriesgué demasiado en hacerla. ¿Qué necesidad había de ello, realmente? Cosa olvidada en el fondo de mi pensamiento, ¿merecía ya ser dicha para turbar la paz de una amistad dulce y pura?... Pero ¿y yo? (*Cogiendo la carta y sin abrirla.*) Para mí era una necesidad. (*Razonando, como para convencerse á sí propio.*) Era

una prueba que reclamaba mi conciencia. Bien decidido iba á ello. Si me turbo, si vuelve á encenderse, por poco que sea, el antiguo fuego al remover la ceniza, debo decirlo y fundar en esto una nueva ausencia. Si no siento nada, me quedo: estoy salvado (*Ligera pausa. Rompe el sobre*). Veamos lo que dice.

(*Lee*). «Querido amigo. En vano espero á usted desde la noche del último sábado. ¿Está usted enfermo quizá, ó...? Sea lo que fuere (no creo en enfermedad, á Dios gracias), deseo ver á usted esta noche. Me parece que en ocho días de estancia en Madrid nos hemos visto bien poco. Nuestras antiguas y largas conversaciones acabarán pronto, quizá para no volver. Dentro de poco será usted marido y tendrá en su mujer otra amiga que le dé consejos, que piense en su felicidad. ¿Parecerá demasiado que quiera yo verlo á usted aún algunas veces, mientras dure su soltería? Venga, pues, un rato esta noche. Aguardaré hasta las doce y podremos hablar un poco. Le espero. Su amiga,

Gabriela.»

(*A medida que L. va leyendo, aumenta su agitación, que al final toma caracteres físicos muy acentuados*).

L. (*Dejando caer la carta y llevándose las manos á la cabeza*).

¡Dios mio, Dios mio!... (*Mirando el reloj que hay sobre la chimenea*). ¡Y es la una! ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Creerá que la huyo, que la desprecio, que ya no siento amistad por ella? (*Recorre á grandes pasos la habitación. Coge el sombrero que ha dejado sobre una silla*). Es preciso ir. (*Reacción súbita*). Ir, ¿á dónde? Ahora ya es inútil; no me espera... (*Malhumorado*). ¿Qué necesidad tenía yo de ir al teatro hoy?... ¿Y á qué hora habrá llegado esta carta? Veamos. Yo salí á las nueve, es decir, más tarde que nunca. ¿Por qué habrá escrito tan tarde? ¿Tal prisa tenía en verme? (*Recoge la carta y la lee de nuevo para sí*). ¡Qué ardor tan extraño siento en mí! ¡Qué efecto tan vivo y profundo hay en estas líneas! Pero ¿por qué no me hablan, como otras veces, de amistad tan sólo? ¿Por qué el recuerdo de ilusiones ya olvidadas y enterradas vuelve á surgir de nuevo en mi corazón?... No, no es la amistad quien hoy me hubiera llevado á casa de Gabriela. Otras voces ha levantado en el alma ese papel, y ellas me prometen cosas á que había renunciado... ¿Y ella? .. ¿Qué quieren decir esas frases,